

Corte y literatura en el XVI peninsular
Un portugués en España y una española en Portugal:
Los caminos cruzados de Jorge de Montemayor y Luisa Sigea

Antonio Rey Hazas

En el complejo y apasionante mundo de las relaciones entre corte y literatura, destacan los caminos cruzados del lusitano Jorge de Montemayor, que se estableció en España y acabó por ser uno de los más destacados escritores de la literatura castellana quinientista, y la “toledana” Luisa Sigea, que llegó a ser en Portugal una de las mujeres más cultas del renacimiento europeo. Es cierto que fue más celebrado como escritor el portugués, y merecidamente, sin duda; pero no es menos cierto que la española fue igualmente notoria, si no por su obra escrita, que es de menor interés, sí por la “brillante excepción femenina”¹ que constituye su extraordinario saber humanístico, terreno en el que aventaja sobradamente al lusitano. No en vano, ella se carteaba desde muy temprana edad con el Papa, simultaneando en sus escritos el latín, el griego, el árabe, el caldeo y el hebreo; mientras que él era un músico y poeta iletrado, que no iba más allá del dominio sobre el romance hispano-portugués, pese a ser un consumado poeta, al decir de Sánchez de Lima:

Y de lo que algunos dicen que la poesía se adquiere con el estudio de las letras, y de que de otra manera no puede ninguno ser poeta, a eso respondo que Montemayor fue hombre de grandísimo natural, porque

¹ En palabras de un trabajo aún inédito de N. Baranda, que se publicará en Tarancón. Véase, además, “De investigación y bibliografía. Con unas notas documentales sobre Luisa Sigea”, en parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista10/Baranda/BARANDA y su libro *Cortejo a lo prohibido. Lectoras y escritoras en la España moderna*, Madrid 2006. Además, F. Cerdá y Rico, *Clarorum hispanorum opuscula selecta et rariora tum hispana magna ex parte nunc primum in lucem edita*, Madrid 1781, pp. 253-270.

todo lo que hizo fue sacado de allí, pues se sabe que no fue letrado ni más de romancista ².

Este primer e importante abismo de educación y cultura marca la pauta de las muchas diferencias personales que los separaron, pese a su coetaneidad y a la semejanza inversa de las sendas vitales que siguieron entre Portugal y España. Porque es verdad que los dos fueron cortesanos ligados, en buena medida, a la misma familia, dados los reiterados lazos de sangre que había entre las casas reales de España y Portugal; pero no es menos cierto que la formación, talante y actitud de ambos fue incluso opuesta en muchos casos.

Aunque no lo sabemos con seguridad, los dos debían ser de una edad pareja y sus pasos debieron de coincidir a veces en los mismos lugares, como en la Lisboa de 1552, por más que no llegaran a conocerse personalmente nunca. Cabe suponer que Montemayor, nacido en Montemor-o-velho, cerca de Coimbra, llegara a España en 1543, seguramente formando parte, como músico-poeta, del séquito que acompañó a María de Portugal, la hija de Juan III, para contraer matrimonio con el futuro Felipe II. Así lo sugirió Sousa Viterbo ³, y lo aceptaron la mayor parte de los estudiosos ⁴. Por las mismas fechas, un poco antes quizá, hacia 1536-38, Luisa Sigea, que había nacido y se había criado en Tarancón en torno a 1520, siguió el camino inverso y se trasladó con su madre y hermanos a Portugal, donde vivía su padre, Diego Sigeo, humanista de origen francés, desde 1522, dado que hubo de acompañar ese año a su señora, María Pacheco, al obligado destierro portugués, pues se trataba de la viuda de Padilla, el famoso caudillo comunero toledano ejecutado en 1521 por el emperador ⁵.

² *Arte poética en romance castellano*, Alcalá de Henares 1580; ed. de R. Balbín, Madrid 1944, p. 37.

³ “Jorge de Montemor”, *Archivo Historico Portuguez* 1 (Lisboa 1903), p. 254.

⁴ Aunque no N. Alonso Cortés, que se atiene a la fecha de su primera publicación, en 1546, “Sobre Montemayor y la *Diana*”, *BRAE* XVII (Madrid 1930), pp. 353-362.

⁵ María era de la más alta nobleza castellana, como es sabido: hermana de don Diego Hurtado de Mendoza, el poeta y embajador de Carlos V; del conde de Tendilla y capitán general de Granada, don Luis Hurtado de Mendoza; del general de las galeras, don Bernardino de Mendoza; y del Virrey de México, primero, y del Perú, después, don Bernardino de Mendoza.

Frente al más que probable autodidactismo iletrado de Jorge, Luisa tuvo el magisterio, aunque fuera epistolar, pues no consta que se trasladara a Alcalá ni a Toledo, de algunos de los más destacados humanistas toledanos españoles de la época, como Juan de Vergara y Alvar Gómez de Castro, además de la enseñanza directa de su padre cuando fue posible, ya en Portugal. Por eso, entre otras razones, y a consecuencia de que su progenitor había entrado en 1530 al servicio de la casa de Braganza como maestro de “lenguas y letras de humanidad”⁶, una vez en Portugal, y ya acabada su excepcional formación culta, ella misma fue llamada en 1542 al servicio de la corte portuguesa como “moza de cámara” de la reina doña Catalina, primero, y de su sobrina María, la infanta, a renglón seguido, junto con su hermana Ángela Sigea.

María, duquesa de Viseo (1521-1577), era hija del rey de Portugal don Manuel I el Afortunado y de Leonor de Austria, la hermana mayor de Carlos V, aunque por haber nacido el mismo año de la muerte de su padre, y dado que su madre la abandonó a los seis meses para regresar a España, se crió con su camarera doña Elvira de Mendoza, hasta que su tía Catalina, la hermana pequeña de su madre, se casó el 1525 con Juan III, el nuevo rey de Portugal. A partir de ese momento, estuvo al cuidado de ella. Nada tiene de particular, por tanto, que María no perdonara a su madre por su abandono, pues apenas volvieron a verse nunca más. Leonor se casó años más tarde, en 1530, con Francisco I de Francia, y al enviudar en 1547, volvió a España. Intentó durante muchos años que el rey Juan III permitiera a su hija María vivir en Castilla con ella, pero no lo consiguió hasta 1555, y la única experiencia –un encuentro en la frontera de Badajoz– fue desastrosa, porque era ya demasiado tarde: María se reunió con su madre 34 años después, pero se negó de inmediato a permanecer junto a ella y regresó a Portugal. Son, curiosamente, las mismas fechas en las que Luisa Sigea regresa, a su vez, definitivamente a España, aprovechando quizá el traslado temporal de su señora.

El humanista portugués André de Resende (1498-1573), en una epístola latina dirigida a la infanta María, decía de Luisa Sigea que era una “*virgo admirabilis*”, una doncella excepcional, ya que, “contando apenas tres veces siete años” (*quum septenae vix dum trieteridis annos computet*), esto es, con 21 añitos contados:

⁶ María Pacheco murió en 1531 y fue enterrada en la catedral de Oporto.

escribía y leía, de día y de noche, códices latinos, griegos, hebreos y árabes, siendo experta conocedora de las cinco lenguas (*linguarum quinque perita*)⁷.

Nada tiene de extraño, en consecuencia, que María la llamara para su pequeña corte, porque ella misma admiraba el saber y gustaba de las humanidades, las bellas artes y la música. Por eso reunió en su palacio de Santa Clara una corte espléndida de damas ilustres, entre las que destacaba Luisa Siega, junto a su hermana Ángela, Paula Vicente, la hija de Gil Vicente, y Joanna Vaz⁸. Allí vivió, estudió y escribió la “toledana”⁹ desde 1542 hasta 1555, en el mejor ambiente intelectual posible, rodeada de una insólita compañía de damas cultas, una excelente biblioteca, y todo tipo de comodidades para el ejercicio del humanismo renacentista, ejerciendo como “dama latina” de la infanta María, y percibiendo por ello una salario ciertamente digno, de 16.000 *reis*¹⁰ anuales, como atestigua el *Livro de moradias* en 1543 y en 1550.

La verdad es que Luisa Siega era una mujer sorprendente, y más siendo española, porque las damas coetáneas de su patria no solían seguir derroteros semejantes. No en vano, uno de los mejores humanistas españoles, quizá el más respetado del círculo toledano, Juan de Vergara, se preguntaba por esas fechas, hacia 1540:

¿Cómo es posible que una mujer, qué digo, casi una niña, y además española, escriba tan bien en latín y conozca tan magistralmente el griego? ¿Dónde ha aprendido esa gracia con la que hermosea las formas literarias de las dos lenguas?

Él creía que el caso “casi increíble” de Luisa animaría a los hombres al estudio, pero no fue así. La “toledana” era una excepción difícil de emular incluso para los hombres más estudiosos. No era deseo de imitación, sino pasmo y admiración lo que originaba.

⁷ La publicó M. Serrano y Sanz en *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas*, Madrid, 1903-1905, II, p. 400. Vide A. de Resende, *Ludovicae Sigaeae tumulus*, Río de Janeiro 1981 (facsimil de la edición de Lisboa de 1561).

⁸ C. Michaëlis de Vasconcelos, *A Infanta D. Maria de Portugal (1521-1577) e as suas damas*, Oporto 1902; edición facsimil: Lisboa 1994.

⁹ Entonces Tarancón era del arzobispado de Toledo, no de Cuenca; de ahí el adjetivo.

¹⁰ Un cruzado de oro tenía entonces 400 reis. De modo que los reis portugueses eran, más o menos, como los maravedíes castellanos.

Ya desde 1540 había enviado al Papa Paulo III algunos poemas latinos por mediación de Girolamo Britonio, y en 1545 acabó el mejor de todos ellos, denominado *Sintra*, y dedicado a su protectora, la infanta María, que era una de las mujeres más ricas de Europa, y prima hermana del futuro Felipe II. Al año siguiente, en 1546, envió al Papa su poema con una carta escrita en las cinco lenguas antiguas que dominaba: latín, griego, árabe, hebreo y caldeo o siríaco. Paulo III, o Alejandro Farnesio, si se quiere, también humanista de pro y protector de las artes y, en concreto, de Miguel Ángel, a quien encargó la Capilla Sixtina, o de Tiziano, respondió a Luisa Sigea con otra misiva en las mismas cinco lenguas ¹¹.

El poema *Sintra* ¹² nació de un rumor muy extendido en 1545, según el cual el príncipe Felipe, ya viudo de su primera esposa, estaba pensando en casarse con la hermosa, culta y riquísima infanta María de Portugal, su prima. Finalmente no sucedió así, pero los rumores ya se habían difundido ampliamente por la Península Ibérica. Luisa Sigea se hizo eco de esas murmuraciones y escribió el poema *Sintra* dedicado a su protectora. Su latín, como decía Vergara, era magnífico y de elevada altura literaria, pero no así el diseño del poema, más bien trivial, dado que *Sintra* es un bucólico y tópico *locus amoenus*, guardado entre majestuosas rocas, “dominado por un murmullo de cristalinas aguas” —en traducción de Menéndez Pelayo—. Un lugar eclógico, en suma, donde viven faunos, ninfas o sátiros; y donde se le aparece una ninfa a la propia Luisa y le predice el hado de doña María, su princesa, a la que vaticina que se casará en breve con un poderosísimo príncipe ¹³. *Sintra* no se publicó en vida de Luisa, pero sí pocos años más tarde, pues fue impreso en París en 1566, ya muerta la “décima musa”, gracias a la intervención de Jean Nicot, embajador de Francia en Portugal. Nicot envió el poema impreso a Diego Sigeco, que aún vivía en Torres Novas, con una dedicatoria en la que le decía “Aquí tienes el poema de mi Luisa, tu Siega” (*Eccum tibi, mi Sygae, Aloysiae tuae carmen*).

Mientras la “toledana” comenzaba a formar parte del más granado humanismo portugués, el lusitano escribía en castellano el mismo año de 1545 sus

¹¹ Véase O. Sauvage, “La correspondance latine de Luisa Siega”, *Bulletin des Études Portugaises* XXXI (Coimbra 1970), pp. 61-133.

¹² Vide V. Trocco, “Una umanista Spagnola in Portogallo: Luisa Sigea e il suo poema *Sintra*”, en *Il confronto letterario*, 17 de mayo de 1992, pp. 99-117.

¹³ Véase M^a R. Prieto Corbalán, *Epistolario latino. Luisa Sigea*, Madrid 2007.

primeras obras, y entre ellas destacaban un poema y un soneto dedicados a la muerte de otra María de Portugal, la primera esposa de Felipe II, la reina de España María Manuela. Merecen particular mención las coplas de pie quebrado, en las que un Jorge sigue a otro Jorge, pues el de Montemayor glosa bellamente las primeras coplas *A la muerte de su padre* de Manrique, en diez emocionadas y sentidas coplas elegíacas, que parecen avalar la anterior vinculación del portugués con la reina fallecida. Por esas mismas fechas, escribió asimismo tres autos religiosos que fueron representados ante el príncipe Felipe, probablemente, según supone F. Whyte, en la capilla real y en las Navidades de 1545, 1546 o 1547¹⁴, lo que demuestra que se mantenía su vinculación con la casa real, pese a la muerte de la reina. Y es que posiblemente se encontraba ya antes al servicio de María de Austria, la hermana mayor del príncipe Felipe.

En cualquier caso, en 1548 formaba parte sin duda de la casa de María de Austria, la hija primogénita de Carlos V, donde era “cantor en la capilla”, como ya apuntó Alonso Cortés en el trabajo citado. No en vano, a María le dedicó su primera obra impresa, la *Exposición moral sobre el Salmo LXXXVI* (Alcalá de Henares 1548).

Sin embargo, seguramente a consecuencia de la boda de María de Austria con su primo Maximiliano, el futuro emperador Maximiliano II, que tuvo lugar ese mismo año, pasó inmediatamente al servicio de su hermana Juana, mujer muy culta, que sabía latín desde la niñez y tocaba diversos instrumentos musicales, en calidad asimismo de “cantor contrabajo” de su capilla. No en vano, por esas mismas fechas dedicó al rey Juan III de Portugal su interesantísimo e inédito *Diálogo espiritual*, obra de influencia erasmiana que nunca llegó a publicarse, posiblemente a causa de su heterodoxia, en la que el autor se declaraba “criado de la serenísima princesa de Portugal doña Juana, infanta de Castilla”¹⁵, cuando aún no se había acordado su matrimonio con Juan de Portugal, lo que avala el año de 1548 o 1549 para la petición (denegada, al parecer) de la licencia de impresión.

¹⁴ Vide F. Whyte, “Three autos of Jorge de Montemayor”, *PMLA* XLIII (Nueva York 1928), pp. 953-89. Los autos fueron publicados en la edición de *Las Obras* (Amberes 1554) con el encabezamiento: “Al Serenísimo Príncipe de Castilla fueron representados estos tres autos de George de Montemayor en los maytines de la Noche de Navidad, a cada nocturno un auto”.

¹⁵ Vide la edición del manuscrito conservado en Évora hecha por M^a D. Esteva: Jorge de Montemayor, *Diálogo espiritual*, Kassel 1998.

Las dos hermanas, hijas del emperador Carlos V, María y Juana, eran además muy religiosas, lo que enlaza bien con las hondas inquietudes espirituales del poeta y músico lusitano, aunque en su caso corren además paralelas con sus amores y su poesía amatoria. Realzo la dualidad amoroso-devota de Montemayor la para que se vea de nuevo la diferencia con Luisa Sigea, más culta que religiosa siempre, y nada enamoradiza ni dada a aventuras fuera del matrimonio en ningún caso, por más que sus inquietudes humanistas nazcan de la misma raíz cortesana que las amatorias y espirituales del portugués, como ha observado Asunción Rallo:

los conocimientos de cultura clásica se han sustituido en Montemayor por los bíblicos, en claro significado de la modalidad tradicional del renacimiento español que, en vez de fusionarlos, (como en Garcilaso o Fray Luis) los contrapone, [...] en este balanceo de poeta de amores / poeta de devoción. En Montemayor las posibles contradicciones tienen *una explicación cortesana*"¹⁶.

Lo más probable, en fin, es que en 1548-49 entrara al servicio de Juana, donde permaneció hasta 1554. Previsiblemente, Juana se fijara en él porque necesitaba portugueses en su séquito, para su traslado matrimonial a Lisboa. Aunque ya antes, conforme a su *Diálogo espiritual*, residía "en palacio" y se movía "entre caballeros y damas, y no en el monasterio entre religiosos y teólogos", en un ámbito palaciego que, en cualquier caso, no le había impedido nunca "el ejercicio y lección de la *Sagrada Escritura*, a quien desde mi niñez –dice en su *Diálogo*– he sido aficionado".

Fue, por ende, un escritor puramente cortesano, y sin duda conectó particularmente bien con Juana de Austria, dadas las inquietudes espirituales de la infanta. Ambos se interesaron por las corrientes reformistas en torno al erasmismo, aunque la hermana de Felipe II hubiera de atemperarlas, anteponiendo, siempre su condición de regente de Castilla mientras Felipe estaba fuera, a cualquier otra consideración. En cualquier caso, Montemayor estuvo a su servicio en España y la acompañó a Portugal, tras su boda, en enero de 1552, con don Juan Manuel de Portugal, en calidad de aposentador. Un año antes, en Toro, la ciudad donde se celebraron las bodas reales, con motivo

¹⁶ Ed. de la *Diana*, Madrid 1991, p. 16.

de la entrada del príncipe Felipe, se representó “un auto muy gracioso” escrito por él mismo ¹⁷.

Juana se casó por poderes el 11 de enero de 1552, dado que el príncipe portugués, Juan, su primo hermano, no estaba en Toro. Ella tenía 17 y él 15 años. Montemayor se adelantó para preparar los aposentos de su señora. Ella entró en Portugal a finales de noviembre de 1552. Su matrimonio fue muy corto debido a la prematura muerte de su esposo, a causa de la tuberculosis, el 2 de enero de 1554. Juana, embarazada, daba a luz 18 días después al futuro rey don Sebastián. Curiosamente, por una de esas casualidades de la vida, la peripecia de María de Portugal, la protectora de la española Luisa Sigea, con su madre española, volvía a repetirse casi exactamente, porque Juana, a petición de su padre, Carlos V, que tenía intención de abdicar, regresaba a España apenas cuatro meses después de haber dado a luz, el 17 de mayo de 1554, abandonando así a su único hijo, exactamente igual que hiciera su tía Leonor con su hija María veintinueve años antes, pues la había abandonado seis meses después de su nacimiento, confiando asimismo el cuidado de su hijo recién nacido a la misma mujer, para mayor coincidencia del azar, en este caso a su suegra, que también era su tía, hermana de su padre, como sabemos, y hermana de Leonor, claro está, la misma reina portuguesa que había cuidado de María en 1521, doña Catalina de Austria, la hija pequeña de Juana la Loca. Sin duda, “la vida es un albur de espadas”, por decirlo con palabras de Valle-Inclán ¹⁸. De ese extraño modo, el portugués regresaba a

¹⁷ Véase C. Fernández Duro, “Apuntes para la historia del teatro”, *La Ilustración Española y Americana* XXXIX (Madrid 1883), pp. 234-235, donde dice que

en la relación de las fiestas que se hicieron en la ciudad de Toro en los desposorios de D^a Juana, hija del Emperador, con el príncipe D. Juan de Portugal, el año de 1552, se cuenta que en la entrada del príncipe D. Felipe, verificada el año anterior, se hizo en la puerta de Santa Catalina «un arco triunfal muy triunfante, con muchos retratos y rétulos, y Montemayor arriba con un acto muy gracioso.

También lo acepta Subirats, art. cit., p. 108.

¹⁸ No obstante, hay que señalar alguna diferencia, como es natural, pues Leonor intentó reiteradamente ver a su hija María, a su regreso de Francia, y fue ella la que se negó, pensando seguramente que nada bueno le venía de España, ni un esposo, dada la frustración de su rumoreada boda con Felipe, ni una madre que mereciera ese nombre. Sólo se vieron una vez en la frontera de Badajoz, con gran dolor para Leonor, que siempre la había llevado en su memoria. Juana, en cambio, nunca más vio a su hijo, ni expresó deseos desmedidos de hacerlo: el rey don Sebastián, murió en Alcazarquivir con la flor de la nobleza portuguesa y alguna española en 1578, sin ver a su madre. No se olvide, dicho sea de paso, que allí también murió algún español ilustre como, por ejemplo, el magnífico poeta Francisco de Aldana.

España en 1554 junto con su señora, y se repetía en el caso del rey Sebastián la misma historia de la princesa María de Portugal, su prima. Montemayor era cortesano de Juana de Castilla y “la toledana” de María de Portugal. ¿Es posible mayor coincidencia en el azaroso cruce de caminos de la española y el portugués por las tierras renacentistas de Iberia?

El mismo año de 1554 se publicaban en Amberes las *Obras* de Montemayor, dedicadas, como es natural, a Juana de Austria y a su marido. Era, quizá su despedida de esa corte, después de cinco o seis años de servicio; años que reconoce y agradece a Juana de Austria. Así lo dice en su *Epístola a Sâ de Miranda*:

En este medio tiempo la extremada
de nuestra Lusitania gran princesa,
en quien la fama siempre está ocupada,
tuvo, señor, por bien de mi rudeza
servirse, un bajo ser a levantado
con su saber extraño y su grandeza,
en cuya casa estoy...

Mientras, Luisa Sigea permanecía en la pequeña corte de María de Portugal, aunque ya en 1552 estaba trazando su boda, porque ese año se libran 25.000 reis a nombre de su padre, Diego Sigeo, para dotar el casamiento de su hija, lo que hace suponer que el matrimonio se comprometió ese mismo año. Es un año importantísimo para la denominada “Minerva castellana”, o “sol del humanismo portugués”, en todo caso, y no sólo por sus desposorios, sino también porque en él se fecha su obra literaria más importante, *Duarum virginum colloquium de vita aulica et privata*, o *Coloquio de dos doncellas sobre la vida palaciega y la vida reirada*; un diálogo muy interesante que no llegó a imprimirse en su época, aunque conservamos su manuscrito dispuesto para la imprenta.

Una vez en España, y tras una visita breve a su abuela Juana en Tordesillas, la nieta homónima asumió la regencia el 12 de julio de 1554, debido a la ausencia conjunta del emperador, su padre, y de su hermano Felipe, que marchaba a Inglaterra para casarse con María Tudor. El emperador regresó en 1556 para morir en Yuste dos años después, como se sabe, pero la madre del futuro rey don Sebastián de Portugal, siguió siendo la regente de España hasta 1559, año en el que Felipe II volvió definitivamente.

En tanto, Montemayor había dejado el servicio de Juana, seguramente ya desde 1554. No deja de ser curioso, por cierto, que Jorge publicara también su *Segundo cancionero* fuera de España, en la misma ciudad en la que había publicado

el primer volumen de sus *Obras* cuatro años antes; esto es, en Amberes, 1558. Se trata de un volumen en el que no hay ya obras devotas, y supone, además, una ampliación enmendada de sus obras profanas de 1554; aunque va dirigido “al muy ilustrísimo señor don Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sessa y de Terranova, marqués de Bitonto, conde de Cabra, señor de Baena”. El mismo año sale, asimismo en Amberes, su *Segundo cancionero espiritual*, en el que hace lo propio con su obra religiosa anterior, de la que excluye su *Exposición sobre el Pater Noster* y los autos mencionados que se representaron en la corte por navidad, añadiendo en cambio algunas pequeñas piezas devotas y morales que antes no existían, y dedicándolo “al muy magnífico señor don Jerónimo de Salamanca”.

Es obvio que el portugués ya no estaba bajo la protección de Juana, a juzgar por las dedicatorias. Además, el *Segundo cancionero espiritual* sufrió distintos acosos inquisitoriales y fue finalmente prohibido por el *Índice* de Valdés en 1559, el primer *Índice* de libros prohibidos de la Inquisición española que afectó a la literatura profana y se hizo bajo la regencia de Juana. Montemayor había buscado el amparo de otros nobles, lo que no evitó su prohibición. Es muy posible que Juana tampoco hubiera podido impedirlo en ningún caso, pero quizá sí hubiera atenuado algo más los problemas de su acercamiento a la *devotio moderna*, al erasmismo y al iluminismo, quién sabe si todo ello relacionado con su hipotética ascendencia judía. La impresión en Amberes de todas sus obras, en cualquier caso, no deja lugar a dudas, pues implica la búsqueda consciente de una protección mayor para su anhelada libertad espiritual y prueba la conciencia de estar en los límites de lo permitido¹⁹.

¹⁹ Véanse los trabajos de M. Bataillon, “Jeanne d’Autriche, Princesse de Portugal” y “Une source de Gil Vicente et de Montemôr: la meditation de Savonarole sur le Miserere” en sus *Études sur le Portugal au temps de l’humanisme*, Coimbra 1952, pp. 257-82 y 197-217; y J. Martínez Millán, “Familia real y grupos políticos: la princesa doña Juana de Austria”, en J. Martínez Millán (dir.), *La corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp. 73-105, que enfoca la figura de doña Juana en el contexto de los enfrentamientos por el poder en la corte. En cuanto a la posible ascendencia judaica de Montemayor, vide A. Castro, “Lo hispánico y el erasmismo”, *Revista de Filología hispánica* II (Buenos Aires 1940), pp. 1-34, y IV (Buenos Aires 1942), pp. 1-66, F. López Estrada, “La Epístola de Montemayor a Diego Ramírez Pagán” en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid 1956, VI, pp. 387-406, y G. Gil Polo, *Diana enamorada*, Madrid 1987; y M. Bataillon, “¿Melancolía renacentista, melancolía judía?”, en *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid 1964, pp. 39-54.

En 1555, Luisa Sigea había regresado definitivamente a España, concretamente a Burgos, para casarse allí con un hombre de bien, por lo que ella misma dice en carta a Felipe II –*Burgensi civi nupsi non abjectae quidem sortis nec obscuri sanguinis viro*–, y establecerse en la ciudad castellana, en compañía de su marido, Francisco Cuevas, también cortesano, pues acababa de percibir una pensión anual de la recién fallecida reina Juana la Loca por valor de 10.000 maravedíes anuales, lo que demuestra que había sido su criado.

Al año siguiente, María de Hungría y Leonor de Austria, hermanas del emperador, volvieron con él a España, y camino de Valladolid, donde se instalaron las dos, por deseo expreso de María de Hungría, fervorosa admiradora de las bellas letras, indagaron sobre el paradero de la celebrada Luisa Sigea, al pasar por Burgos, sabedoras de que allí moraba tan culta y prestigiada humanista. De ese modo, Luisa volvió a ser “dama latina” de una ex-reina y se encontró a la par con Leonor, la madre de la princesa a cuyo amparo había pasado trece años felices en Portugal. Por una carta de Luisa escrita a finales de 1556 “*ad Mariam Hungariae et Bohemiae Reginam Augustissiman*”, sabemos de los elogiosos comentarios que había hecho sobre ella la hermana preferida de Carlos V, pues dice que:

por el ecónomo de Vuestra Majestad me hube enterado de que vos me mencionabais sin menospreciarme, y, lo que es más, que deseabais que entrara al servicio de Vuestra persona, si a mí me placía, y que por Vuestra real fe habíais prometido que a mí y a mi marido dignas recompensas nos daríais (*cum a Majestatis tuae economo audierum mentionem de me facere te non dedignatam quin iubere ut ad tui obsequium remearem si iuberet, ac regia fide promittere mihi meoque coniugi praemia digna reddituram*)²⁰.

Así fue, en efecto, pues su marido entró al mismo tiempo como “secretario español de su majestad” María de Hungría y contador de Leonor, reina viuda de Francia. Consta, por ejemplo, el libramiento de una salario de 356 sueldos y 20 dineros a Luisa Sigea, que tenía una anualidad 150 ducados, lo que no está nada mal. Continúa a su servicio en 1557, año en el que se excusa por no haber podido acudir a su presencia a causa de las molestias de su embarazo, dado que la cultísima “toledana” dio a luz una niña, su única hija, de nombre Juana, que fue bautizada en Burgos el 25 de agosto de 1557. No obstante, María

²⁰ M. Serrano y Sanz, *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas*, Madrid 1905, II, p. 409.

de Hungría falleció en 1558, al igual que su hermana Leonor, y aunque no se olvidó de su “dama latina” ni de su familia en su testamento, pues legó una pensión de 56.250 maravedíes para Luisa y otra de 93.750 para su esposo, los dejó, ya definitivamente, sin protectora y sin corte.

Buscaron ahora el patrocinio directo del propio rey Felipe II, y de su nueva esposa, Isabel de Valois, con la que hipotéticamente debiera de haber encajado muy bien, por ser francesa la reina y Luisa hija de un humanista francés y experta conocedora de su lengua y cultura. Pero no fue así. Isabel era apenas una niña y se interesaba más por jugar con sus muñecas o por pasear con la princesa de Éboli junto al río Tajo, que por aprender la lengua y la cultura latinas de una vieja humanista hispano-portuguesa. No obstante, Luisa lo intentó, y envió desde Valladolid una carta, fechada en abril de 1559, dirigida *ad Philippum II Hispanorum regem augustissimum*, en la que, con el fin de solicitar un empleo para su marido, exponía su *curriculum*, y con él, un resumen de su biografía. Decía así:

aunque mi patria sea toledana, sin embargo me crié con los portugueses y soy oriunda de franceses. De la lengua latina, griega, hebrea, caldea y arábica tengo un conocimiento no mediocre gracias a mi padre y a mis otros preceptores. Fui generosamente admitida en la corte lusitana y no empleé improductivamente el cargo de maestra para la Serenísima Infanta María. En la ciudad de Burgos me casé con un hombre que no es de condición vil ni sangre oscura. Este me trasladó a su patria. Allí la Serenísima Reina de Hungría (sin querer mencionar que es tía materna de su Majestad), por casualidad, no sé cómo, me miró y me dirigió la palabra con benevolencia, dado que su afición se inclina por todos los doctos, y acogió a mi marido por voluntad propia con complacencia. Él sirvió como secretario, yo como preceptora de estudios de gran número de señoras nobles, mientras vivió. Pero la reina murió...²¹.

Finalmente, la “toledana” se trasladó a Toledo, sede entonces de la corte, e intentó obtener un empleo con Isabel de Valois, bien aconsejada por amigos franceses influyentes, como el obispo de Limoges, Sebastián de l’Aubespine, embajador de Francia, que lo veían posible, e intercedieron por ella. Pero fue en vano. Murió el 13 de octubre de 1560, en Burgos, con una cierta sensación de olvido y abandono. Así, al menos lo atestiguan sus últimas cartas y un notario

²¹ Serrano y Sanz, II, p. 398.

fiable, Tomás Gracián Dantisco, secretario de lenguas, y hermano del autor del *Galateo español*, admirador de la “toledana”:

Por otra tal repulsa murió de sentimiento aquella famosa Luisa Sigea, criada que fue de la Reina doña María, y lo pretendió ser de la Reina doña Isabel, que está en gloria; y así me acuerdo que el nuncio Terracina y otros hombres doctos que celebraron con versos su muerte y memoria, tocaron bien esto: *despecta graviter repulsam tulit* ²².

Mientras, no sabemos a ciencia cierta qué hizo Jorge de Montemayor después de 1554, aparte las publicaciones que he reseñado. Lo más probable es que, como apuntó López Estrada ²³, dejara el servicio de Juana y partiera para Inglaterra, acompañando al príncipe Felipe en su viaje nupcial, seguramente en el séquito de algún noble a los que estuvo ligado después, como Manrique de Lara, duque de Nájera, o Gonzalo Fernández de Córdoba, tercer duque de Sessa, a quien dedica su *Segundo cancionero*, que iba en esa comitiva. Como bien dice Juan Montero:

Tras esto, todo parece apuntar que Montemayor siguió viajando de un lado para otro entre Flandes, Italia y España, quizá bajo el amparo de alguno de los nobles antes mencionados. En su opúsculo datado en Amberes a principios de 1558 afirma: “De mí sabré decir que ni han bastado .x. años de servicio con más miseria que abundancia, ni lo que en estas armadas [de Felipe II] en su servicio he trabajado, para que su majestad se acuerde de despacharme” (*Los trabajos de Los Reyes*). Afirmación que, junto con otros testimonios, deja ver que estuvo presente de algún modo en la guerra hispano-francesa de 1557-1559 ²⁴.

Después, entre 1558 y 1560, cuando Luisa servía a María de Hungría en Valladolid, Jorge debió de estar en Valencia, dado que:

la que parece haber sido la primera edición de la *Diana* (aparecida en 1559 o poco antes) la dedicó Montemayor a don Juan Castellá de Vilanova, señor de las Baronías de Bicorn y Quesa, situadas en el reino de Valencia, y en 1560 dedicó su versión castellana de los poemas de Ausias

²² Esto es, “despreciada, la negativa soportó con gran disgusto”. *Ápud* Serrano y Sanz, II, p. 398.

²³ Ed. de la *Diana*, Madrid 1970, pp. xxiv-xxv.

²⁴ Ed. de *La Diana*, Barcelona 1996, p. XVIII, nota.

March a Mosén Simón Ros, caballero valenciano, en agradecimiento a la protección que le dispensaba ²⁵.

La “toledana” abandona entonces la vida para siempre, como sabemos, y el portugués lo hace muy poco después, apenas unos meses, al año siguiente. ¡Hasta en eso coincidieron!: se traslada al Milanesado, seguramente bajo la protección del duque de Sessa, que era el gobernador; y allí muere, en el Piamonte, a principios de 1561, sin que sepamos bien por qué, aunque según Bartolomé Ponce, en su *Clara Diana a lo divino*, fue a causa de una pendencia de amor:

pues con amores vivió
y aun con ellos se crió,
en amores se metió,
siempre en ellos contempló,
los amores ensalzó,
y de amores escribió,
y por amores murió ²⁶.

Lo mismo aseguró veladamente Diego Ramírez Pagán, que compuso dos sonetos a su muerte. El segundo acaba así:

¿Quién tan pronto le dio tan cruda muerte?
Invidia y Marte; Venus lo ha movido.
¿Sus huesos dónde están? En Piamonte.
¿Por qué? Por no los dar a patria ingrata.
¿Qué le debe su patria? Inmortal nombre.
¿De qué? De larga vena dulce y grata.
¿Y en pago qué le dan? Talar el monte.
¿Y habrá quien lo cultive? No hay tal hombre ²⁷.

La verdad es que ignoramos la causa, aunque parece indudable que Venus anduvo cizañando por medio y que fue una muerte violenta, opuesta, por tanto, a la vida de Luisa Sigea, que nunca tuvo que ver con amoríos ni lances de fortuna, y más opuesta aún a su muerte, a su bien morir tradicional, tranquilamente

²⁵ Por decirlo con palabras de T. Ferrer Vals, “Corte virreinal, humanismo y cultura nobiliaria en la Valencia del siglo XVI”, en E. Berenguer (coord.), *Reino y ciudad. Valencia en su historia*, Madrid 2007, pp. 185-200.

²⁶ *Ápud* M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, Madrid 1961, p. 260.

²⁷ M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, p. 260,

en su casa y en su cama, rodeada de los suyos, tras hacer testamento y confesarse. Fueron, en consecuencia, dos vidas tan paralelas, a veces, como diferentes siempre, y dos muertes enfrentadas, pese a su semejanza cortesana.

El caso más interesante de coincidencia entre ambos es asimismo hipotético, y se refiere a su relación con María de Hungría, obvia en el caso de Luisa Sigea, como hemos visto, y quizá, pero sólo quizá, también en el de Montemayor. Me refiero a la lectura de Subirats, según la cual Montemayor, en vez de permanecer en España junto a Juana, bien pudo acompañar al príncipe Felipe en su viaje de presentación europea de 1548-1549, y estar a su lado en la apoteosis de ese viaje triunfal, que fue la fiesta dada en el “palacio tenebroso” de Bins o Binche, en honor del emperador y de su hijo, por María de Hungría, regente entonces de los Países Bajos y hermana de Carlos V. Según la interpretación del hispanista francés, el libro IV de *La Diana* podría ser una transposición literaria de las fiestas ofrecidas en Binche, en agosto de 1549, al príncipe por su tía María de Hungría²⁸.

La hipótesis es muy sugerente, y sin duda tiene elementos que la hacen posible, al menos en un primer momento, aunque el problema grave es que difícilmente Montemayor pudo estar en Binche y contemplar los festejos con sus propios ojos, porque se hallaba entonces en España. Sí pudo leer, claro está, alguna crónica de esas celebraciones famosas, como la de Calvete de Estrella, y recrearla en el marco siempre cortesano de la novela pastoril. Porque no hay que olvidar que *Los siete libros de la Diana* es una obra de importancia medular para la literatura española y europea del momento, pues inicia en nuestra patria la narración bucólica autónoma y se convierte a la par en una suerte de manual de amores y cortesía, fundiendo sabiamente elementos de tradiciones literarias dispares –caballescá, neoplatonismo, bucólica, cortesana– como indica su inmenso éxito de público, con más de 20 reediciones en los apenas 40 años que quedaban del siglo XVI; ello por no mencionar que inmediatamente originó distintas “segundas partes” ni hablar de su amplia descendencia: la llamada novela pastoril²⁹, una suerte de narración ligada siempre a la corte y usualmente

²⁸ “La Diane de Montemayor, roman à clef”, *Etudes Ibériques et Latino-Américaines. I Congrès des Hispanistes français (Poitiers, 18-20 Mars 1967)*, París 1968, pp. 105-118.

²⁹ M. Chevalier, “La Diana de Montemayor y su público en la España del siglo XVI”, en J. F. Brotel y S. Salaün, *Creación y público en la literatura Española*, Madrid 1974, pp. 40-55.

escrita en clave cortesana, de manera que los pastores y pastoras no son otra cosa que meros disfraces de cortesanos y cortesanas de carne y hueso.

En esa concepción, obvio es decirlo, entra perfectamente la recreación de una fiesta de corte concreta, como la mencionada. En la famosa de Bins, hubo una pugna entre salvajes y caballeros de esta guisa:

[...] estando las damas danzando [mientras pelean por ellas caballeros entre sí] entraron por la puerta de la sala ocho salvajes muy bien armados, cubiertas todas las armas de tela de oro verde y amarillo a escamas. Traían sus celadas con penachos de plumas muy menudas. Y visto por ellos cuán embebecidos estaban los caballeros en su batalla, tomaron las damas queriéndolas llevar consigo. Grande fue la ira de los ocho caballeros por ver tal atrevimiento y todos conformes volvieron a la demanda de las damas, y fuéronse a los salvajes, a los cuales no hallaron cobardes, que luego comenzaron a herirse todos de las espadas muy esquivos golpes, los unos por cobrar sus damas, los otros por no perderlas.

Que quizá no se ajena a la entrada de Felismena en el libro II de *La Diana*, vestida de hombre, en hábito de caballero, cuando ve cómo tres salvajes atacan a las tres ninfas:

este tiempo las hermosas ninfas, tomando cada una su instrumento, se iban por el verde prado adelante, [...] salieron de entre unas retamas altas, a mano derecha del bosque, tres salvajes, de extraña grandeza y fealdad; venían armados de coseletes, y celadas de cuero de tigre. Eran de tan fea catadura que ponían espanto los coseletes, traían por brezales unas bocas de serpientes, por donde sacaban los brazos, que gruesos y vello-sos parecían; y las celadas venían a hacer encima de la frente unas espan-tables cabezas de leones; lo demás traían desnudo, cubierto despeso y largo vello, unos bastones herrados de muy agudas púas de acero; al cuello traían sus arcos y flechas; los escudos eran de unas conchas de pesca-do muy fuerte. Y con una increíble ligereza arremeten a ellas³⁰.

Ella interviene y mata a los tres salvajes con su arco. El recuerdo de Bins o de una celebración cortesana semejante es posible, aunque puede haber otras fuentes. Puede ser la fiesta de Bins o cualquier otra, porque, como ha señalado Teresa Ferrer, hay celebraciones muy similares en la corte española contemporánea, con Juana de Austria, además, a la cabeza, para mayor interés, dada su

³⁰ Ed. de A. Rallo, pp. 185-186.

vinculación con Montemayor, aunque el portugués ya estuviera muerto cuando se celebraron, en las que los elementos comunes son numerosos:

El mejor testimonio que tenemos de ello –dice la investigadora valenciana– son las complejas y elaboradas máscaras organizadas en el Alcázar Real de Madrid por la reina Isabel de Valois y la princesa Juana y sus damas en 1564. [...] Una buena parte de los personajes y de las escenas y motivos que compusieron las diversas “invenciones”, pertenecen al mundo pastoril y mitológico: ninfas y salvajes, serranas “a uso de aldea”, damas disfrazadas de cazadoras, escenas de encantamiento de pastoras y magos, coros de ninfas y sátiros acompañando a la diosa Diana. [...] Hay que señalar que la sublimación de la castidad, a través de la figura de Diana, es motivo recurrente en la ficción pastoril de raigambre cortesana. Sin ir más lejos, el Canto que entona Orfeo en *La Diana*, tiene lugar en el templo de la diosa, verdadero centro neurálgico del palacio de Felicia, en una sala presidida por la figura de Diana, acompañada de diversos retratos de damas de la nobleza, y en las máscaras de 1564, organizadas por Isabel de Valois y la princesa Juana, la invención con la que culminó la fiesta y que, a juicio del cronista fue “la mejor de todas”, tenía como tema el del triunfo de Diana y de sus ninfas, representado por damas de la corte.

Quizá la reina Fadada de Bins sea la sabia Felicia, pero en cualquier caso, las nubes amenazantes de Norabroch, que cercan el castillo tenebroso de Binche no aparecen nunca, y se sustituyen por las más sencillas de los peligros del amor neoplatónico, que son los que aquí amenazan y finalmente se solucionan con el agua encantada.

Subirats dice que la ubicación del castillo es similar a la del palacio de Diana, entre dos ríos, y junto a un frondoso bosque, pero eso puede ser mera retórica pastoril, sin más.

Lo que más me interesa es la relación incuestionable con la princesa Juana y sus damas, todas elogiadas, en *La Diana*, y la referencia en primer lugar, quizá, a María de Hungría, tras Diana, que es muy significativa. Recordemos el *Canto de Orfeo*:

Los ojos levantad mirando aquella
que en la suprema silla está sentada,
el cetro y la corona junto a ella,
y de otra parte la fortuna airada.
Ésta es la luz de España y clara estrella,

con cuya ausencia está tan eclipsada;
su nombre, ¡oh ninfas!, es doña María,
gran reina de Bohemia, de Austria, Hungría.

La otra junta a ella es doña Joana
de Portugal Princesa, y de Castilla Infanta,
a quien quitó fortuna insana
el cetro, la corona y alta silla,
y a quien la muerte fue tan inhumana
que aun ella así se espanta y maravilla
de ver cuán presto ensangrentó sus manos,
en quien fue espejo y luz de lusitanos.

Mirad, ninfas, la gran doña María
de Portugal, infanta soberana,
cuya hermosura y gracia sube hoy día
a do llegar no puede vista humana;
Mirad que aunque fortuna allí porfia,
la vence el gran valor que della mana,
y no son parte el hado, tiempo y muerte,
para vencer su gran bondad y suerte [...] ³¹.

Sería, en efecto, muy interesante que fuera María de Hungría, la hermana querida de Carlos V, dado que también tuvo en su “casa” a Luisa Sigea, como sabemos, y así Montemayor, supuesto testigo de lo acaecido en el palacio tenebroso, y ella confluían una vez más en el mismo ámbito cortesano. Pero digo sería, en condicional, pues no tengo ninguna seguridad de que así fuera. Más bien parece obvio que Montemayor estuvo al servicio de Juana por esas fechas y no se movió de la Península Ibérica por entonces. De ser así, no tendría razón alguna hablar de María de Hungría, pues no la habría conocido, ni de imitación del texto de Calvete por Montemayor, dado que todos los elementos reseñados son tópicos, meros lugares comunes de la tradición pastoril que no aseguran nada y pueden tener múltiples procedencias, sin disminuir en nada su carácter incuestionablemente cortesano; eso sí.

Pero el problema es complejo. Leamos detenidamente los versos de Orfeo en *La Diana*: en cualquier caso, se trata del personaje más importante, de la reina principal, dado que va después de la misma diosa de la castidad, Diana.

³¹ Ed. de A. Rallo, pp. 278-280.

Y, como dicen en sus magníficas ediciones Asunción Rallo y Juan Montero, no es María de Hungría, la hermana del emperador, sino María de Austria, su sobrina, la hija del emperador, la hermana de Felipe II, que se casó con Maximiliano y fue mucho más importante, sin duda, pues fue la emperatriz de Austria desde 1551. A ella sí había estado vinculado personalmente Montemayor en 1548, como sabemos, pues no en vano le dedicó en 1544 la primera de sus obras impresas, la *Exposición moral sobre el Salmo LXXXVI*. Necesariamente tiene que ser ella, no puede ser otra, dado que el texto la recuerda en 1568-69 como ausente de España, “eclipsada por su ausencia”, porque residía en Austria. Montemayor sabía que sus contemporáneos cortesanos no se confundirían nunca; él tampoco, como buen cortesano: la gobernadora de los Países Bajos era María de Hungría, y así firmaba siempre, y así se la denominaba, sin más añadidos. Su sobrina María, la emperatriz, la hermana de Felipe II, era “la reina de Bohemia”, ante todo, porque lo era también en primer lugar su marido, como lo había sido su padre, Fernando, “rey de Bohemia y Hungría”, por ese orden, a diferencia de su hermana, que se había casado con el “rey de Hungría y Bohemia”. De ahí la importancia que tiene la serie de los títulos, pues sigue obviamente el orden protocolario, claro está, para evitar confusiones que todos conocían. Por eso dice el autor: “María, / gran reina de Bohemia, de Austria, Hungría”. Porque el orden de su rango diferenciaba a las dos Marías, y eso era imprescindible en el protocolo de la época, dado que tenían el mismo nombre, eran tía y sobrina, y las dos ostentaban el título de reinas, una viuda, otra en ejercicio, de Bohemia y Hungría.

El orden de las reinas presupone además la cronología de su propia vida cortesana. En consonancia, primero va María, después Juana de Austria, su hermana, la más importante en la vida cortesana de Jorge de Montemayor, como ya sabemos, y a la que rememora por no haber llegado a ser reina de Portugal y por la muerte temprana de su esposo.

En tercer lugar, y este caso me interesa muchísimo, va curiosamente María de Portugal, la duquesa de Viseo, la señora de Luisa Sigea durante 13 años, pero a la que Montemayor no estuvo vinculado jamás, al menos que se sepa. Evocada además con muchísimo cariño y respeto, por su gran belleza, elogiada por todos, por el “gran valor que della mana” contra la adversa fortuna, por su entereza victoriosa contra la mala suerte inmerecida. De nuevo se unen, curiosamente, por esos azares cortesanos de Portugal y España, nuestros dos protagonistas, Montemayor y Luisa, que sin duda hubiera firmado a ojos cerrados los versos respetuosos

y bienintencionados de Jorge para con su protectora. En este caso, además, la conjunción abre la puerta a la posibilidad –sin poder ir más allá– de que Montemayor pudiera haber conocido personalmente a Luisa, dado su interés y su aprecio por María de Portugal. ¡Quién sabe!

Los dos fueron escritores cortesanos contemporáneos, sus caminos se cruzaron a menudo, coincidieron en muchas cosas, pero fueron escritores muy distintos. Probablemente no se encontraron físicamente nunca, aunque tuvieran noticia mutua, sin ninguna duda; pero, de haberlo hecho, posiblemente hubiera habido entre ellos más desencuentros que coincidencias, a juzgar por las obras que salieron de su pluma.

No deja de ser coherente que sus diferencias sustanciales estuvieran unidas a las bibliotecas de sus respectivas princesas, pues la de María de Portugal y María de Hungría, a las que sirvió Luisa, eran bibliotecas completísimas, llenas de variedad, humanismo y saber antiguo en distintas lenguas, como le corresponde a su inmensa cultura personal de humanista políglota; mientras que la de Juana era una biblioteca excelente pero exclusivamente formada por libros devotos y religiosos, sin humanismo ni lenguas, lo que encaja en la espiritualidad de Montemayor como anillo al dedo, y en su incultura humanista también, claro está. De hecho, como me ha aclarado el profesor Sánchez-Molero, que está investigando la biblioteca de Juana, ella rechazó voluntariamente la inmensa riqueza humanista y políglota de la biblioteca de su tía María de Hungría, que se la ofreció completa, y aceptó únicamente los libros de devoción.

Ello aparte, y sin ahondar en la diferencia de sus experiencias amorosas, claves en uno e inexistentes en la otra, lo que más me interesa es su visión muy distinta del papel de la mujer, porque, de manera muy curiosa, hoy casi chocante, pero completamente coherente en la época, difieren por completo, y defiende mucho más la igualdad e incluso la libertad de la mujer, hasta cierto punto, el varón, Jorge de Montemayor, que la dama, Luisa Sigea.

De hecho, *La Diana*, que se engendró en ámbitos palaciegos, tuvo muy en cuenta, por eso, los gustos y exigencias del lector cortesano –sin olvidarse, claro está, del público en general, que siempre avaló la obra–. Ello demuestra que el portugués era un escritor ligado al mecenazgo y al amparo de la nobleza, como sabemos, y muy concretamente, para ser preciso, a la protección de tres princesas o infantas importantísimas, una de las cuales llegó a ser reina, y otra emperatriz. Así las cosas, el mecenazgo de Montemayor fue principal y mayoritariamente femenino, claro está, razón por la cual trató siempre de halagar los

gustos de un grupo selecto de damas de la corte y, por ende, a través de ellos, los de la mujer en general. De ahí que los personajes principales de *La Diana* sean mujeres, o para ser más exacto, tres mujeres, una portuguesa y dos españolas (como lo fueron sus señoras María de Portugal, María de Austria y Ana de Austria), denominadas Selvagia, Felismena y Belisa, las únicas que relatan sus autobiografías. De ahí que una de las tres, Felismena, sea la heroína que conduce la segunda parte de la novela, ejemplo de fidelidad en amor, y otra, Felicia, la que ayude a solucionar los conflictos con su “agua encantada”. De ahí, en fin, la perspectiva profemenina, si no feminista, que preside el tradicional debate de la época a favor y en contra de la mujer. Una perspectiva que sin duda agradó mucho al público femenino, que fue seguramente el principal lector de la novela. En cualquier caso, Montemayor, poeta y músico familiarizado con las damas cortesanas, enamorado, con muchas experiencias amorosas en su vida, varias sin duda positivas, toma partido en su defensa, comprende a las mujeres, conoce y comparte sus problemas: es tolerante, en definitiva. El siguiente fragmento demuestra que para el lusitano el comportamiento de las mujeres se regía por las mismas leyes que el de los hombres, en contra de la opinión misógina entonces dominante, pues para él no eran inferiores ni peores, aunque la mayor parte de los varones las querían sometidas y no libres:

Yo te digo, Sireno [...]—dice la pastora Selvagia— que la causa por que las pastoras olvidamos no es otra sino la misma porque de vosotros somos olvidadas. Son cosas que el amor hace y deshace; cosas que los tiempos y los lugares las mueven, o les ponen silencio. Mas no por defecto del entendimiento de las mujeres, de las cuales ha habido en el mundo infinitas que pudieran enseñar a vivir a los hombres, y aun los enseñaran a amar, si fuera el amor cosa que pudiera enseñarse. Mas con todo esto creo que no hay más bajo estado en la vida que el de las mujeres, porque si os hablan bien, pensáis que están muertas de amores; si no os hablan, creéis que de alteradas y fantásticas lo hacen; si el recogimiento que tienen no hace a vuestro propósito, tenéislo por hipocresía. No tienen desenvoltura que no os parezca demasiada: si callan decís que son necias, si hablan que son pesadas y que no hay quien las sufra; si os quieren todo lo del mundo, creéis que de malas lo hacen; si os olvidan y se apartan de las ocasiones de ser infamadas, decís que de inconstantes y poco firmes en un propósito. Así que no está en más pareceros la mujer buena o mala, que en acertar ella a no salir jamás de lo que pide vuestra inclinación.

—Hermosa Selvagia —dijo Sireno— si todas tuviesen ese entendimiento y viveza de ingenio, bien creo yo que jamás darían ocasión que nosotros pudiésemos quejarnos de sus descuidos...³².

Y de nuevo nos encontramos con la contradicción, porque la mujer excepcional y única por su cultura y sabiduría impares, Luisa Sigea, harto curiosamente, defiende sin embargo la postura opuesta, la que a veces coincide con el antifeminismo tradicional, al menos en lo que se refiere al matrimonio cristiano, pues en su *Duarum virginum colloquium de vita aulica et privata*³³, un diálogo entre dos mujeres, Flaminia y Blesilla, dice que las doncellas, una vez casadas

debent non illam esse dotem ducere quae dos dicitur, sed p̄ditiā et pudorem et sedatam cupidinē ac Dei metum, parentum amorem, et cognatorum concordiam;

o lo que es lo mismo, dicho con palabras más explícitas de Pedro Luján:

las virtudes que a las mujeres nos cumplen tener, para servir a Dios y agradar a nuestros maridos. [...] La primera es que sea la mujer muy vergonzosa. [...] El homenaje que dio la naturaleza a la mujer para guardar la reputación, la castidad, la honra y la hacienda, fue sola la vergüenza. [...] La mujer honesta y grave no se ha de preciar de donosa y decidora, sino de honesta y callada, [...] que la mujer jamás yerra callando y muy poquitas aciertan hablando. [...] A la mujer para ser buena no sólo no le basta parecer buena, mas también ha de ser buena. Es tan delicada la honra de la mujer, que así como el gobierno de la casa depende del marido, así la honra depende de la mujer solamente; por manera que no hay más honra en casa de nuestros maridos de cuanto nosotras somos honradas. [...] Llamo honrada a la que es muy honesta en vivir, y muy recatada en el hablar, y muy esquiva en el conversar. [...] Ser callada, ser pacífica, ser sufrida, ser retraída, y ser honesta amar, querer y servir a Dios³⁴.

Sorprende en un primer momento la postura tradicional, semejante a la de los hombres de la “décima musa”, de una mujer tan culta e inteligente. Pero,

³² Ed. de A. Rallo, pp. 137-138.

³³ Cito siempre por la edición y traducción al francés de O. Sauvage, París 1970.

³⁴ P. Luján, *Coloquios matrimoniales* (1550), ed. de A. Rallo, Madrid 1990, pp. 76-104.

bien pensado quizá no sorprenda tanto, porque su propia excepcionalidad de intelectual, humanista, políglota y culta la hace semejante a los hombres, a algunos hombres, pero no a la de las mujeres, entre las que no pudo encontrar espejo alguno. Seguramente, además, en su humanismo cristiano pudo más el adjetivo que el sustantivo, más el cristianismo que la libertad humanista. A ella le interesaba sobre todo el estudio filológico, en el más puro sentido humanista, y por eso buscaba únicamente el apartamiento del mundo, el tiempo de estudio, el tiempo que pasa lentamente, que se siente pasar, que se utiliza para reflexionar incluso sobre el propio tiempo, sobre las lenguas clásicas, sobre la erudición... Es la tópica vida retirada, la “descansada vida” de fray Luis de León, que defiende sistemáticamente en su *Colloquium*, por boca de Blesilla:

es necesario –dice– huir de este mundo donde todo es nada, donde todo aquel que piensa tener algún valor no lo tiene y no es nadie. [...] Más vale que nos retiremos mientras eso sea posible. [...] Esta enseñanza no puede practicarse en al corte o dirigirse a la multitud, sólo puede llevarse a cabo en el campo y entre algunos compañeros. Mi victoria no está en mi fuga, pero huyo para no ser vencida.

Flaminia, en cambio, es una cortesana pura, que vive encantada en la corte. Para ella, al contrario, el tiempo cortesano pasa sin cesar, sin que nos demos cuenta de su huida, y eso es lo importante: tener la ilusión de vencer al tiempo, aunque sea falsa, y para ello, nada como la corte:

en la corte el tiempo pasa sin tedio. [...] Los que juzgan ociosa la vida de la corte no participan en ella y están completamente engañados, pues en las elecciones del vestuario, en la disposición de los ornamentos, en el pulir de las palabras elegantes y graciosas con que las mujeres quieren agasajar a los hombres, y a la inversa, [...] se consume de hecho un tan largo espacio de tiempo, que el inicio y el fin de un año es la misma cosa.

Ello, aparte, claro está, del servicio a los príncipes, la búsqueda de su favor, etc.

Obvio es decir que la defensa del apartamiento se halla en la corte, que se anhela la vida retirada desde el incesante ajeteo cortesano. Por eso en esta dualidad sí coincide Montemayor con Luisa, a causa de su común vida cortesana. También el portugués añoraba la vida solitaria en su *Diálogo espiritual* inédito, aunque por motivaciones distintas, menos puramente humanistas, más estrictamente religiosas y espirituales, para alcanzar así mejor la comunicación con Dios y vivir a su servicio. Pero siempre con la corte en el origen, siempre con la

corte en la lejanía. Ya el primer capítulo dice en su epígrafe: “Dileto muestra a Severo por razones cuánto más excelente es la conversación con Dios en el yermo que la de los hombres en el mundo”. Severo, en efecto, ha dejado la corte por el yermo, el lujo por la escasez, las galas por la pobreza, porque, le dice a Severo, si tú alcanzaras la bienaventuranza “ni se te acordaría de cortes, ni de privanzas, ni de trajes, ni de casa, ni de familia, porque tendrías entendido que el fin de todo aquello es la muerte”. Con su larga experiencia cortesana, Montemayor pone el dedo en la llaga, y expresa por boca de Dileto un inteligente juicio, que sirve bien, creo, para definir, al menos en parte, a una estudiosa de las palabras como Luisa, pues, ante la pregunta de qué es Dios, responde:

Bien has preguntado, si me lo preguntas para aprovecharte y no para experimentarme solamente. Que *cosa muy natural es* de los hombres y de los cortesanos, por la mayor parte, *nunca oír el predicador para oír lo que dice sino para oír el estilo con que lo dice.*

Luisa, que sin duda compartiría ese juicio cortesano, además era mucho más sabia, mucho más erudita., culta y políglota que Jorge. Él conseguía apartarse, alcanzaba su “retiro” personal con la simple lectura de la *Sagrada Escritura*, dice, donde

he hallado [...] consolación espiritual, [...] me recreaba el entendimiento y la tenía por una corte o por un palacio del más alto y más excelente príncipe del mundo. Adonde, si quería leer hazañas y hechos señalados de reyes, los hallaba en el *primero libro de la Ley*. [...] Si quería hechos notables de caballeros, así en armas como en otras cosas, íbame a los *cuatro Libros de los Reyes*, si amores excelentísimos íbame a los *Cantares* de Salomón, [...] quería palabras graves y de excelentísima sentencia, íbame a los *cuatro cronistas de Cristo*. [...] Si quería cartas avisadas y de grandísima elocuencia, hallábalas en aquel vaso de lección, Paulo, apóstol de Cristo.

Luisa, en fin, mucho menos religiosa e infinitamente más culta, no se contento en su *Colloquium* con menos de 472 citas de humanismo, erudición y doctrina, 146 paganas, 142 del *Antiguo Testamento*, 32 de los *Evangelios* y 130 de los Padres e la Iglesia; entre las que destacan 41 de Séneca, 31 de Plutarco, 25 de Cicerón,. 13 de Platón, 40 de San Jerónimo, 21 de San Agustín, 18 de San Ambrosio, 16 de San Bernardo y 15 de Tertuliano³⁵.

³⁵ Estos datos proceden del estudio previo a la citada edición de O. Sauvage.

Creo, en suma, haber descrito los parecidos y diferencias de dos escritores peninsulares ilustres, un portugués y una española, Jorge de Montemayor y Luisa Sigea, que cruzaron sus vidas entre España y Portugal por los mismo años del siglo XVI, al amparo de las reinas españolas de Portugal y portuguesas de España, para analizar la grandeza y la servidumbre, la cara y la cruz, quizá también la necesidad vital, de la corte, y su relación íntima, por tanto, con la mejor literatura, en el caso del lusitano, y con el más alto humanismo, en el de la toledana; siempre, obvio es decirlo, por los campos de la espaciosa y fértil Iberia. *Vale.*